



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPELEl Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 17 DE MARZO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

El campo de tiro

LO MEJOR DE LA VIDA
OLGA DE LEÓN G.

¿Qué es lo mejor de la vida? Esta es una pregunta que ha de hacerse individualmente y con plena conciencia de que cada uno la responderá desde su ego y lo que a cada quien le haya tocado en suerte vivir, y que por una determinación personal y de su sino lo haya vivido de una u otra forma, distinta o diferente a la de cualquier otra persona. Parece un tralenguas o enredo de mentes; pero, no lo es; ni es simple retórica, es un pensamiento profundo que se necesita dejar reposar y que navegue por la memoria.

“Lo mejor de vivir es tener vida, amanecer cada día agradeciendo por la dicha de volver a ver la luz del sol. Pintar una sonrisa en el rostro y pasar el día contenta porque tienes todo para ser feliz. En tus manos está ver el vaso medio lleno o medio vacío...”

Las tristezas no existen, están solo en tu imaginación, tampoco las enfermedades, ni las carencias, ni los desatinos... Tú vives lo que quieres vivir. Como estas y muchas más sandeces o palabras huecas, no importa cuántas mejores intenciones y bendiciones las arropen, escuchamos y recibimos a diario; como si por decreto fuera posible, que cualquiera sea feliz, y quien no lo es, es porque no quiere serlo”.

Un día escuché decir a una profesional de la personalidad y el carácter, que todos esos pensamientos que nos envían los amigos o familia, en realidad se los están diciendo a sí mismos. Recientemente, leí algo semejante y pensé: debe ser así. Y deje de preocuparme porque pudieran estar juzgándome, cuando solo se auto juzgan, aconsejan o dan ánimo a sí mismos.

Independientemente de que eso sea tal cual, así; es reconfortante saber que alguien te tiene presente, piensa en ti, y a su manera, te acompañan -sin obligación alguna- por la dura travesía que ahora atraviesas: Sé agradecido o agradecida. Hoy, por ejemplo, escribo porque muero un poco más cada vez que no puedo hacerlo, por la razón o sinrazón, que sea. Escribir no es mi “modus vivendi”, es el modo en que a mi vida le doy aliento, la sostengo y alimento: de ilusiones, esperanzas, con caricias y amor propio.

Ni siquiera importa (¿estaré siendo honesta?) si alguien leerá o no, lo que escribo, si empatía o enfurece por lo que digo, si quisiera decirme sobre qué escribir o sobre qué no... Lo que le importa al que escribe es tener la ilusión de que sí, en efecto, alguien o muchos leen lo que se publica; y eso les remueve sus neuronas y los mete en el carro de la empatía o la discordancia, aunque el autor nunca se entere de lo que ellos piensan.

Y, sin embargo, quien escribe sufre un poco por desconocer lo que ellos, los del otro lado, los lectores piensan. Tampoco mueren por no saberlo; pues siendo sinceros, supongo que todos tenemos un poco de temor al rechazo o a no ser aceptados como parte de su equipo, de su grupo ni de su estilo de vivir la vida: leyendo y juzgando: muy respetable estilo.

Poema a la nostalgia y la tristeza



Por un armonioso soneto, ¿qué diera?
Por un verso sin cadencia ni metro,
mas, perfecto y sonoro, las estrellas.

Ese es el poema más triste
que la nostalgia de ti me provoca.
Silencio delante de los lirios
y detrás de ellos música fúnebre.

Paz murió plétorico de alabanzas,
y fueron los aplausos el cortejo
que hasta el sepulcro lo acompañaron.

Sor Juana María de Asbaje y Santillana,
la Décima musa que tanto amó
e interpretó,
desde su sepultura orando estará
por el reposo del galardonado poeta.
Mas, he de aclarar y declarar que:
Mi poema no es a Paz, ni a Sor Juana,
lo que a Rulfo mi amor incondicional.

Mi poema es un collar de cuentas
hechas de tristezas y nostalgias
que en la vida he ido recogiendo
al paso de los años, de mis muertos
y humildes sonetos que repartidos
quedaron entre tierras muy lejanas.

Hoy rindo tributo a mis lágrimas.
Las que volvieron fértiles mis tierras
Secas y áridas de mi adolescencia.

Que rían los payasos y las focas
Que yo reiré cuando no haya ni un
niño
Sin techo ni comida en su vivienda,
sin baños en las escuelas,
y libros, lápices y libretas
en sus mochilas.

Reír no es tan simple como una mueca
ni de pintar el rostro de alegría
cuando el corazón sangra y el cuerpo
se dobla.

RECORDANDO A OCTAVIO PAZ
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN
Corría el verano de 1991; era de noche y me encontraba en el patio de la casa de un profesor de la universidad, junto con otros compañeros de carrera que cursaban semestres adelante de mí; bebíamos cervezas. Yo llevaba un año en la carrera de economía. Lupita Jones había sido ganadora del concurso Miss Universo y Octavio Paz había ganado el Premio Nobel de Literatura un año antes. Probablemente no eran coincidencias para México, pues durante ese verano iniciaban las negociaciones del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá.

Yo casi nunca me aparecía por los salones. Aprendía economía de los libros de texto y de explicaciones que me ofrecía un compañero querido de carrera, del último semestre, en los cafés, donde gastábamos los días en conversaciones de economía, música, literatura... o incluso abordábamos temas de física aplicada y psiquiatría. No éramos el único par ahí, en la mesa, sino que, durante el transcurso del día, arribaban amigos que estudiaban la carrera de música o que provenían de otros lados.

Por aquel compañero de economía, cuya edad andaría por los 21 o 22 años, también me acerqué a la poesía de Octavio Paz y para la edad de mi joven amigo, reconozco que era un erudito en el tema. Su padre, un psiquiatra recono-

cido, había formado parte del grupo de chicos que rodearon a Paz poco después de que escribió Piedra del Sol. Conocía detalles personales de la vida y obra del poeta. Por él supe que Octavio Paz estaba convencido de que su llamado literario era divino y profético.

¿Qué clase de poema es Pasado en Claro (1974), compuesto por el Nobel del Literatura durante su estancia en Cambridge, M.A.? ¿A qué tipo de conocimientos tuvo acceso cuando escribió: “lo que no tiene nombre todavía / no existe: Adán de lodo, / no un muñeco de barro, una metáfora.”? ¿Y cuando escribe: “Carlos Garrote, eterno medio hermano, / me dijo al derribarme / y era, por los espejos del insomnio / repetido, yo mismo el que me hería;”?

Cuando mi madre supo de mi interés en el poeta, me regaló la colección de poemas Libertad Bajo Palabra. Poco después compré, o tal vez robé de alguna librería, el primer libro que me haría personalmente de él, con mi esfuerzo y bajo mi riesgo: Salamandra. Muchos años después, tomaría su poema Homenaje y Profanaciones para componer una obra homónima, para orquesta de cuerdas, piano y batería. Reconozco que su visión de lo poético, expresado en El Arco y La Lira, resuena en mis obras colaborativas y transdisciplinarias de cartas, música y pinturas. Pero nunca estuve personalmente con él.

Excepto una noche, tan brevemente como un par de minutos.

Corría el año de 1997. Concluía mis estudios de Maestría en El Colegio de México. Octavio Paz aún caminaba y se desvelaba un poco. La institución donde estudiaba yo, organizó una conferencia donde él y un poeta asiático, Nobel y amigo suyo, serían los conferencistas principales. La Sala Alfonso Reyes de El Colegio de México estaba abarrotada. ¿400 asistentes? Yo llegué en microbús, con mi mochila en la espalda y un solo libro adentro: Salamandra. Mi vieja edición de pasta amarilla.

Paz y su amigo contaron anécdotas, incluso hazañas en centros nocturnos de la Ciudad de México. Luego vino el brindis. Eran tiempos en los que yo bebía muy rara vez. No me encontraba en el lugar, por el vino tino. Observaba desde lejos a la gente que iba y venía del círculo donde Paz charlaba. Para las once de la noche, divisé que él y su mujer, Marie-José, comenzaron a despedirse. Salí del salón y me coloqué en un lugar alumbrado. Encendí un cigarrillo. No duró mucho.

Cuando vi salir a la pareja, esperé un poco. Luego temí que alguien pudiera tratar de alcanzarlos antes de que yo me acercara. Ya traía el libro en la mano. “Poeta, este fue el primer tomo suyo que adquirí. ¿Me la podría firmar?”. “Ya es muy tarde, joven”. “¡Octavio!”, le dije Marie-José. “Présteme su pluma”, pidió el poeta resignado. Le entregué una bic. “¿Cuál es su nombre?”. “Carlos Ponzio”, le respondí. “Ese apellido lo conozco... con zeta, ¿verdad?”. “Así es, Poeta”. Extendió su mano y firmó el libro. “Ese apellido es de Sicilia”, me dijo. “Así es”, asentí. “Bueno, nuestro tiempo ha llegado, Marie-José”, y la pareja continuó su propio camino... Un año después, el Poeta murió... Los mudos hablan.



Ana María Matute

(Barcelona, 1925-2014)
Escritora española. Novelista destacada de la llamada generación de los “niños asombrados”, su obra describe el ambiente de la posguerra civil. Ana María Matute se dio a conocer en la escena literaria española con Los Abel (1948), una novela inspirada en la historia bíblica de los hijos de Adán y Eva, en la cual reflejó la atmósfera española inmediatamente posterior a la contienda civil desde el punto de vista de la percepción infantil. Este enfoque se mantuvo constante a lo largo de su primera producción novelística y fue común a otros representantes de su generación.

Las novelas de Ana María Matute no están exentas de compromiso social, si bien es cierto que no se adscriben explícitamente a ninguna ideología política. Partiendo de la visión realista imperante en la literatura de su tiempo, logró desarrollar un estilo personal que se adentró en lo imaginativo y configuró un mundo lírico y sensorial, emocional y delicado. Su obra resulta así ser una rara combinación de denuncia social y de mensaje poético, ambientada con frecuencia en el universo de la infancia y la adolescencia de la España de la posguerra.

Ana María Matute fue galardonada con el premio Café Gijón por Fiesta al noroeste (1953) y con el premio Planeta por Pequeño teatro (1954), novela a la que siguió En esta tierra (1955). También recibió el premio de la Crítica y el Nacional de Literatura por Los hijos muertos (1958).

Más tarde escribió la trilogía Los mercaderes, integrada por Primera memoria (1959), Los soldados lloran de noche (1964) y La trampa (1969), que tuvieron un gran éxito. La torre vigía (1971) es la historia de un adolescente que debe iniciarse en las artes de la caballería; aunque sigue la línea de las anteriores, se da en ella un cambio histórico de ambientación hacia el período medieval, rasgo que se prolongó en las obras de su madurez, publicadas tras un dilatado período de silencio literario.

Así, su novela Olvidado rey Gudú (1997) plantea una extensa y compleja trama de acontecimientos centrados en las disputas mantenidas en el transcurso de la décima centuria por el rey de Olar, Volodosio, y sus enemigos, el barón Ansélico y la hija de éste, Ardid. Asimismo, su novela Avammarot (1999) tiene como escenario la época medieval.

Matute cultivó además la narración corta, reuniendo sus relatos en volúmenes como El tiempo (1956), Historias de la Artáila (1961), Algunos muchachos (1968) y La virgen de Antioquia y otros relatos (1990). Son notables sus dos libros autobiográficos A la mitad del camino (1961) y El río (1963), en los que evoca sus experiencias de la niñez en el ambiente rural y bucólico de Mansilla de la Sierra.

Fiel a su fascinación por el mundo de la infancia, escribió también cuentos para niños, recogidos en su mayor parte en Los niños tontos (1956), Caballito loco (1982), Tres y un sueño (1961), Sólo un pie descalzo (1983) y Paulina (1984). Formó parte de la Real Academia Española desde 1996. En 2007 obtuvo el Premio Nacional de las Letras Españolas; era la tercera mujer que recibía el galardón (Rosa Chacel lo obtuvo en 1987 y Carmen Martín Gaité en 1995). En 2010 vio reconocida su trayectoria con la concesión del Premio Cervantes.

ad pédem literae
La igualdad tal vez sea un derecho, pero no hay poder humano que alcance jamás a convertirla en hecho.

Honoré de Balzac

Letras de
buen humor

Las mujeres feas son celosas de sus maridos. Las bonitas no tiene tiempo, ¡están siempre tan ocupadas en estar siempre tan ocupadas de los demás...!

Oscar Wilde

Elmer Mendoza

Premios literarios y ferias de libros

Recientemente estuvimos en Tenerife, Islas Canarias, en el Festival Tenerife Noir de Novela Negra 2024, que siempre da espacio al cine y al teatro. Es un lugar con una actividad turística muy vigorosa pero que se da tiempo para estimular el gusto por la lectura de literatura negra entre sus habitantes. Por supuesto que la comida es un orgullo regional.

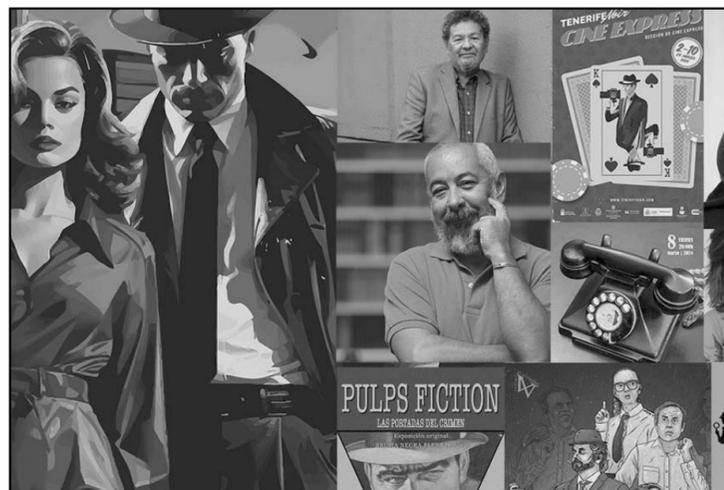
Tuve el privilegio de entregar al escritor cubano Leonardo Padura, el borstalino que es el símbolo del premio del Festival, además de compartir una charla sobre nuestros detectives con un público ávido, lo digo porque se agotaron los ejemplares de nuestras novelas.

Estuvimos acompañados por Javier Hernández, padre de Mat Fernández, el detective canario más respetado, que incluso resuelve casos fuera de la isla. Allí nos enteramos de que es buen amigo de Mario Conde y del Zurdo Mendieta. Las Canarias son siete islas, tal vez ocho, y en tres se realizan Festivales de novela negra. En ellos participan autores isleños e invitados. En lo particular, es la tercera vez que estoy presente y puedo decir que hay creatividad en todas las actividades. El financiamiento, ese aspecto tan

escabroso, proviene de fondos municipales y privados, y apostado a que le cuesta lo suyo obtenerlo a Alejandro Martín, el dinámico director del Festival.

Las Ferias de libros otorgan premios, desde el importantísimo que concede la FIL de Guadalajara, el Vuelta de Tuerca de Querétaro, hasta el Sinaloa de las Letras que adjudica la de Los Mochis, en México. Desde luego, Tenerife confiere el Premio Ciudad de Santa Cruz de Novela Criminal 2024, del que fui presidente del jurado, integrado por las escritoras y académicas Elizabeth López y Yanet Acosta, la lectora y directora del Festival de Novela Negra Sant Boi, Charo González, el novelista Javier Hernández Velázquez y su servidor. Alejandro Martín actuó como secretario. Analizamos cinco finalistas de gran calidad literaria y después de intensas y amistosas deliberaciones declaramos a La Ronda, de Francisco Bescós, nacido en Oviedo España, en 1979, publicada en Madrid por Reservoir Books en 2023, como la merecedora del Premio, por mayoría.

Una novela con dos detectives de primer nivel, Dulce O'Rourke y Saito,



que resuelven un caso en Madrid con antecedentes internacionales, donde poco importan los muertos, sino lo que está en juego en cada caso.

Bescós es dueño de un estilo limpio y dinámico donde los problemas personales de los protagonistas importan en la manera en que resuelven cada enigma dentro de una trama rica en enredos.

Algunas grandes avenidas de la ciudad son personajes, seguro le sorprenderá lo que precede a cada asesinato y lo acertivo que es el autor en la utilización de recursos inesperados pero verosímiles. Hay personajes que les encantarán, como la subinspectora Laura Rodrigo, que es capaz de seguir una pista con la com-

putadora, hasta el fin del mundo; además de que conoce medicamentos para curar cualquier enfermedad.

Ya verán de quién se enamora.

Cada vez las ferias de libros están más recuperadas y los autores esperan los premios de que son merecedores.

Si en España existen circuitos donde los autores pueden acercarse a sus lectores, mi deseo es que en México pronto estemos a esa altura; que además de la FIL Guadalajara, Querétaro, Culiacán, Ciudad Juárez y Xalapa, se apunten otras ferias y nos faciliten su espacio, puesto que tenemos una muy potente literatura negra que necesita llegar a sus lectores. Apoco no.